ticiones? ¿Qué no hemos, pues, de prometernos si María intercede por nosotros, aunque todos los Santos nos volvieran las espaldas? Solo el voto de María pesa incomparablemente mucho más en la balanza de la Divinidad que los votos de todos los moradores de aquella ciudad bienaventurada.

IV

¡MARIA ES MI MADRE!

Pero ¿qué sacaré yo de que María sea omnipotente, si ella no se interpone por mí ante su Hijo, si no puedo yo prometerme sus poderosos auxilios? Qué, ¿por ventura la grandeza de los potentados, en vez de atraer, no desvía de su trato á los pobres y humildes?

Así, por desgracia, suele acontecer con los grandes del siglo: hoy nos honran con su amistad, y mañana nos la retiran, y lo que es peor, truecan en helada indiferencia, cuando no en odio, las muestras de afecto que antes nos prodigaban. Pero no sucede así con María, cuyo Corazón amantísimo se desvive para cuantos la invocan. A sus ojos quedan nivelados todos los estados y condiciones; para ella no hay burgueses ni proletarios, cetros ni cayados, y mira á veces más cariñosa al infeliz que duerme sobre el duro suelo, que no al millonario que se acuesta en lecho mullido. Primero dejará de calentar el sol y de refrescar la nieve, que de escuchar María los gemidos de la indigencia que corre á su amparo.

San Anselmo asegura que á veces serán nuestros ruegos despachados con mayor prontitud llamando á la Virgen que invocando el dulcísimo nombre de Jesús, y esto, no porque María sea más poderosa que Jesús, pues todo su poder emana de su Hijo, sino porque, provocado Jesús tal vez por nuestras culpas, se reviste de la severidad de Juez; al paso que María, que es toda dulzura y esperanza nuestra, como compasiva Madre, nos cubre con su manto y obtiénenos de Dios misericordia.

Escuchad á San Epifanio, y os dirá que María es toda ojos para escudriñar nuestras miserias. ¿Quién ha recurrido jamás á su amparo que no haya conseguido remedio ó consuelo en sus males?

Tiene la Señora corazón tan tierno, que no puede oir lástimas que no alivie, ni ver lágrimas que no enjugue; por lo cual, convidada con su Hijo á las bodas de Caná, observando que á lo mejor de la fiesta se iba á rematar el vino, se dirigió al instante á Jesús en ademán y tono de súplica, diciéndole: "No tienen vino"; y Jesús, dándose por entendido, trocó en vino generoso cinco tinajas de agua que le presentaron.

Razón tenía San Bernardo en afirmar que las misericordias de la Virgen sin

mancha llenan toda la tierra; de suerte que, así como no conoce límites su amor para obtenernos gracias, así tampoco tiene orillas el mar de su misericordia para conseguirnos el perdón de nuestras faltas.

De estos ejemplos de amabilidad y cariño en la Madre de Dios están llenas las historias más auténticas; y como la benignidad de un corazón se conoce por los hechos, no me pesa el referir algunos, dejando otros muchísimos por muy conocidos. ¿Quién no conoce la historia de la fundación de la sagrada Orden de la Merced? Gemían los cautivos cristianos en Africa, y Nuestra Señora se aparece á San Pedro Nolasco, mandándole que en su nombre los vaya á libertar. Ella se ha dignado infinitas veces consolar y complacer á sus siervos. ¡Cuántas veces ha corrido prontamente á salvarlos en los peligros, á aconsejarlos en sus dudas, á confortarlos en sus trabajos, á proveerlos hasta de dinero en sus apuros, á romper sus lazos, á limar sus cadenas, á curar sus llagas, á restituirles la salud y vida temporal. "Recibo hoy en día—dijo ella misma á Santa Brígida—las oraciones de todos desde el supremo trono de mi gloria, donde me acompaña la misma humildad y benignidad que en el mundo." Y, en efecto, á una inocente joven, Dominica del Paraíso, que le ruega acepte las flores que presenta á su imagen, le hace ver con una señal sensible su agradecimiento. Si San

Alfonso Rodríguez, anciano coadjutor de la Compañía de Jesús, en un camino penoso para sus muchos años, se siente empapado de sudor, cansado y desfallecido, la amorosa Reina se le aparece, le anima y le consuela, y aun con su misma mano le enjuga la frente sudorosa. Se retiró Santo Domingo de Guzmán á un bosque á llorar, ayunar y macerarse por la salvación de los herejes albigenses, á quienes había predicado aquel mismo día sin fruto; y cuando casi casi se desmayaba ya de debilidad y aflicción, vè que la Virgen María se le presenta, y le dice: "Domingo, hijo querido, aquí me tienes, pues me has invocado." ¿Y cuántas veces no ha perdonado generosamente aun á los que la ofendían villanamente? ¿Y quién no amará á esa dulcísima y amabilísima Señora, más hermosa que el sol, más suave que la miel, tesoro inagotable de bondades, centro de ardorosísimo amor, para todos amable, para todos cariñosa y dulcísima?

¿Y de dónde, me preguntará alguno, de dónde tales entrañas de caridad en Nuestra Señora?

Varias son las fuentes de su cariño: yo recitaré algunas para no alargarme demasiado. Sea la primera su inmensa grandeza. Siempre ha sido propio de corazones grandes, ya que el bien es de sí difusivo, derramar sus tesoros en otros más pobres y miserables. Es la segunda su agradecimiento; sí, su agradecimiento. No echa María en olvido que por

nuestra causa fué aclamada bendita entre todas las mujeres; pues á no haber nosotros contraído la culpa de Adán, Jesucristo no se hubiera revestido del sayal de nuestra carne, y la hija de Joaquín no habría sido encumbrada á la incomparable altura de la maternidad divina.¿Cómo, pues, no ha de ser generosa con nosotros, míseros pecadores, si considera que por remedio de nuestros males adornóla el Altísimo con todo género de prerrogativas?

De donde se infiere la tercera fuente ó el celo de la gloria de Dios, por el cual nadie como ella se debe gozar en el triunfo de Jesucristo sobre los capitales enemigos de nuestras almas, que con su vida vino á derribar. ¿Qué negará, pues, á los que imporamos sus auxilios y favores en los combates de este siglo?

Por último, ella es nuestra Madre, y Madre tan cariñosa que, si comparamos su amor con el amor de todas las madres juntas, formaría éste una tenue centella en presencia del inflamado volcán que por nosotros arde en el Corazón de María, y no creáis que sea esto exageración; pues cuando Jesucristo, pendiente en la cruz, nos la dió por Madre en la persona de su discípulo amado, diciendo: "He ahí á tu hijo," así como Juan, representándonos á todos en día de tanto luto, la tomó en adelante por su Madre querida, así Ella, recibiéndonos por hijos, puso en nosotros todo el amor que profesaba á su Hijo divino. ¿Y qué no esperaremos de amor tan inefable?

Como enseña San Pedro Damiano, María es Reina absoluta en la monarquía de que su Hijo es rey, y depositaria de todos sus tesoros, de todo su poder y de toda su autoridad. Tal y tanta es la grandeza, majestad y gloria de María, que la naturaleza la admira, los ángeles la veneran y los hombres humillan su frente ante ella; el cielo se envanece con sus glorias, y la tierra reconoce en ella su iris de bonanza cuando brama la tempestad.

Pláceme acabar este dulcísimo punto con un ejemplo suavísmo y que no puede menos de llenarnos de confianza en la Madre de Dios, aunque nos veamos pobres y desvalidos y sean cortísimos nuestros obsequios. Una pobrecita pastora que andaba guardando su ganado, amaba tanto á María Santísima, que cifraba todas sus delicias en ir á una capillita de María Santísima, situada en el monte para pasarse allí retirada largos ratos, mientras sus ovejas sesteaban ó pastaban por el monte. La imagen de María era de busto, pero deteriorada y empobrecida. La pastora le hizo un manto con sus sencillas manos. Vióla con el manto, y se dolió verla sin corona. Con florecillas del monte le hizo una corona, y por sus manos la coronó. Llegó un día en que la pobre pastora enfermó, y se tuvo que quedar en su choza sin poder salir á pastorear su ganado. La choza estaba sola y abandonada, como suele estar siempre el hogar de los pobres en-

fermos. Pero cuando el mundo no sabía que la pastorcilla se moría, lo sabía muy bien la Reina de los cielos. Es el caso que, llamados y guiados por ella, fueron dos religiosos á visitar á la pastora; después que recibió uno de ellos la inocente confesión de aquella purísima alma y la confortaron con la Eurarístia, abiertos los ojos, vieron á la Reina de los cielos que coronaba á la pastora y la cubría con su sagrado manto y conducía su alma á los cielos.

V

¿QUIEN SE PIERDE CON TAL MADRE?

En todas partes así lo predican los Doctores con aplauso de la Iglesia, enseñando que así como es muy difícil, por no decir imposible, que consiga el cielo el que no honra de corazón á María, así es poco menos que imposible que perezcan eternamente sus verdaderos devotos.

Contra esto salen algunos diciendo que algo cuesta arriba se les hace semejante doctrina; porque, fuera de hacer á los hombres presuntuosos, no concuerda con la experiencia ordinaria. ¿Quién no conoce á algunos que se glorían de ser entusiastas devotos de la Virgen, y con todo, llevan una vida, si no públicamente escandalosa, muy poco ajustada á la ley de Dios? Pero esto, lejos de ser objeción, explica lo dicho, porque es cosa bien sabida que la devoción sólida á María incluye una voluntad eficaz de imitar sus virtudes.

¿Y no es esto absolutamente lo mismo que guardar los Mandamientos? No.

Hay una gran diferencia entre el devoto y el indiferente; porque este infeliz, auxiliado con la providencia general del Altísimo, difícilmente guardará los Mandamientos, en tanto que el otro cuenta con una protección especial de la Señora para no caer en pecado y levantarse presto de la culpa si padeciese la desgracia de pecar.

Además, confirma la experiencia que los que no abandonan los obsequios con que de ordinario honran á nuestra Reina, si alguna vez, arrastrados por su fragilidad, pecan gravemente, reciben de la divina Madre gracias poderosísimas, toques eficaces para convertirse á Dios con providencial oportunidad. Por esto, cuando nos dicen que alguno, antes conocido por su gran piedad, luego escandaliza con una conducta totalmente opuesta á las máximas cristianas, pregunto al instante: ¿Conserva alguna práctica piadosa en honor de María? Si me responden afirmativamente, no desconfío del todo de que, tarde ó temprano, vuelva de nuevo al buen camino; pero si me contestan que todo lo abandonó hasta llegar al cinismo de mofarse

de los devotos y negar las prorrogativas de María, desespero casi por completo de su reducción.

Así me aconteció con un desgraciado apóstata, llamado Gabarró. Como es público y todos saben, renegó de la fe católica, conduciéndose en su apostasía como un demonio del infierno. En una mesa donde se hallaban juntamente el infeliz y una buena y edificante señora, dijo ésta públicamente á sus comensales:—"No lo duden ustedes: Gabarró, á pesar de sus impiedades, allá en sus adentros teme las penas del infierno, y lo peor es que no se escapará de las divinas venganzas." A lo que contestó el renegado: "Ciertamente, dice usted bien, señora; creo y estoy en que mi paradero ha de ser el infierno; pero espero también que conmigo llevaré á miles de almas á la eterna condenación."

Oía yo esta triste relación, y decíame para mí: ¿quién sabe si á pesar de tan luciferina maldad, ilustrado algún día por la maternal bondad de la Madre de pecadores, entrará de nuevo en el redil del buen Pastor? Pero cuando supe que, dejadas completamente todas sus devociones, vomitaba mil asquerosas blasfemias contra la excelsa Madre del Amor Hermoso, lo di por rematadamente perdido; y, en efecto, escapado á París por sus crímenes, ejerciendo el miserable oficio de tabernero, murió el triste Gabarró como había vivido; sin señales de arrepentimiento.

Ni me diga nadie que infundir tal confianza en María es dar alas al pecar; porque, aunque no tiene riberas el mar de clemencia de María, para que nuestra confianza sea cristiana debemos distinguir dos linajes de presunción: una real, y otra aparente. Hay algunos que infringen sin reparo la divina ley, confiando temerariamente que por su falsa devoción á María se librarán de los rayos de la divina justicia, y de éstos, por desgracia, se condenan muchos engañados por su vana presunción; pero otros pecan también, no escudados en su amor á María, sino por su gran debilidad y violencia de sus pasiones, lloran en su interior los disgustos que por su parte causan á tan dulce Madre, y le suplican con humildad no los desampare en su desgracia.

Esto no es presunción, sino gran miseria, y de éstos se salvan muchos si imploran con gran confianza al amparo de María.

Un confesor conocido mío contaba un ejemplo que le sucedió á él mismo y confirma esta verdad.

Una vez fué llamado á confesar una enferma, la cual, al verle, se puso á llorar á lágrima viva.—¿Qué tiene usted, hija mía?—le dijo el confesor;—ábrame usted su corazón, que aquí estoy para consolarla aunque fuese la mayor pecadora del mundo.—¡Ay, Padre!—dijo la penitente;—si no la mayor, soy por lo menos una grandísima pecadora, pues

en toda mi vida he hecho una buena confesión, y sí muchos y gravísimos sacrilegios.—Qué, ¿no se confesaba usted á menudo?—Todas las semanas, Padre; pero muy mal, callando los pecados que me daban mayor vergüenza.—Puede usted, pues, decírmelos todos con entera confianza, en la seguridad de que la escucharé con entrañas de misericordia y no la increparé por nada.

Descubrió la pobrecita su conciencia sin celar ninguna culpa; y habiendo, por último, confesado al Padre que no le restaba sino dar gracias á Dios por haber conseguido tan dulce y consoladora victoria, preguntóle éste:—¿Y no temía usted verse arrojada á los infiernos en castigo de tantos sacrilegios?—¡Oh, sí, Padre mío! Los remordimientos me perseguían sin tregua día y noche; acudía en mis apuros al amparo de María; volvía á confesarme con ánimo y resolución de cambiar de vida, y cuando iba á abrir mi corazón contando mi sacrílega vida vencíame la vergüenza y volvía á callar. ¡Qué vivir tan desgraciado era el mío! Más triste que la misma muerte, que aguardo ya contenta.—¿Y qué le decía usted á la Virgen para conseguir beneficio tan grande como el que acaba de obtener?—preguntóle el confesor.—Todos los días le rezaba el santo Rosario, suplicándole que no me dejara morir en pecado mortal. Ya lo he conseguido con indecible júbilo de mi alma. ¡Gracias sean dadas á María, ya moriré satisfecha!

En efecto: tuvo aún algunos días de vida, gastados en actos de penitencia y de amor de Dios, y en ardientes deseos de irse al cielo para no pecar más, y expiró con evidentes señales de salvación.

De estos favores providenciales pueden referir á docenas todos los confesores algún tanto celosos. Voy á contaros uno que me sucedió y me infundió singular consuelo.

Confesaba yo una buena mujer que tenía un hermano, el cual acababa de llegar ciego de la expatriación, adonde se había acogido, como muchos otros, después de la guerra de los Siete Años. Había sido coronel efectivo, y no habiendo querido adherirse al convenio de Vergara, lo pasaba pobremente en Francia ejerciendo el oficio de impresor, en el cual perdió la vista. Vuelto á su patria cuando sus compañeros de armas brillaban por sus victorias en Cataluña, pasaba allí completamente desconocido.

Suplicóme su hermana que le fuese á visitar y me preparase para oir su confesión general, que deseaba vivamente hacer. Allí fuí ansioso de consolarle, y el pobre, después de los saludos propios de un caballero bien educado, descubrió delante de su propia hermana que desde los últimos años de su campaña no se había confesado. Era católico de corazón, pero sin prácticas de tal. Preguntéle si tenía devoción á la Virgen Santísima, y me contestó, dejando escapar

una lágrima de sus apagados ojos, que era lo único que había conservado en medio de su criminal indiferencia.—Nunca me olvidé,—añadió,—de los consejos de mi buena madre, la cual me inculcaba repetidas veces que jamás me acostara sin haber rezado alguna oración á María, y no me acuerdo de haber ido nunca á dormir sin recitar por lo menos tres Ave Marías. ¿Qué habría sido de mí sin esta devoción? De seguro que habría perdido la fe, como alguno de mis amigos que ahora corren, y habría muerto impío.

Confesóse, pues, de toda su vida, y se levantó de mis pies lleno de santo contentamiento y de consuelo inefable. Hícele unas tres visitas más, en que manifestaba su gran alegría y acerba pena; alegría por la gracia del perdón, y pena de no haber servido mejor á Dios. En una de estas visitas me encargó dijese á su hermana que, en caso de ver su muerte, pusiera en su ataúd un gran trapo atravesado de balas que guardaba entre sus prendas. Despedíme de él dejándole sano y satisfecho, y al otro día dióle un accidente imprevisto, en que murió con prendas clarísimas de predestinación. ¿Quién no admira en tan halagiieña providencia la mano maternal de María?

VI

VERDADERA DEVOCION A MARIA

Y si así se porta Madre tan cariñosa con los que conservaron una sombra de devoción, ¿qué hará con los que le profesan devoción verdadera?

Se puede asegurar que no consentirá jamás que perezcan en manos de sus infernales enemigos.

Pero la dificultad parece estar en conocer en qué consistía la verdadera devoción, cuáles sean las señales que la caractericen.

Y con todo, no hay tales dificultades, porque cosa es bien sabida que la verdadera devoción abraza tres puntos, es á saber: justo aprecio del Santo de nuestros amores, imitación de sus virtudes y tributo de obsequios que le agraden. Respecto á lo primero, bastante llevamos dicho sobre la grandeza inefable de María para tener de tan excelsa Señora una justa estimación.

Pero además requiere la devoción sólida que copiemos en nosotros sus ejemplos. ¿Con qué derecho pretenderá pasar plaza de devoto é hijo de María el que fomente en su alma el orgullo, siendo la Virgen la más humilde de las criaturas? ¿Cómo ha de mirar la Señora con ojos de complacencia á los esclavos de la lascivia ó del rencor, habiéndose ella distinguido por su angelical virginidad y

por su caridad acendrada? ¿Qué pueden esperar de la Virgen los usureros y envidiosos, habiendo ella brillado por su generosidad y amor de los pobres? No, no puede gloriarse de ser devoto de algún Santo el que desprecia sus más bellas cualidades, y las desprecia en verdad el que rehuye imitarlas.

Oigamos un hecho que confirma lo dicho. Hacía un cazador alarde de su amor á María, á quien llamaba su queridísima Madre. Metióse un día en un espeso bosque corriendo tras de un jabalí, cuando á lo mejor de su carrera se desató la atmósfera en una terrible tempestad de rayos y truenos, cayendo una granizada espantosa. Teníase el infeliz por muerto, y como suele decirse que nadie se acuerda de Santa Bárbara sino cuando truena, en aquellos apuros se acordó el cazador de la Virgen María, y acudió á ella clamando: "¡Mostrad Señora, que sois mi Madre!" Y en aquella soledad resonó una voz misteriosa que decía: "¡Muestra tú que eres mi hijo!" A este sonoro aviso reconoció el cazador sus culpas, prometió portarse como buen hijo de tan santa Madre imitando sus virtudes, y al punto serenóse el cielo, librando al infeliz del riesgo en que andaba.

Réstanos solamente decir qué obsequios se deben tributar á Nuestra Señora que sean de su agrado.

Agrádanle todos los actos de virtud practicados á honra suya; pero además de una vida de buenos hijos, amoldada

á sus ejemplos, desea que le consagremos algunas prácticas de piedad acomodadas á las circunstancias y condiciones de cada uno. Un buen confesor os dará reglas sobre lo que debéis hacer en particular.

Os diré con todo que los verdaderos devotos, además de llevar algún santo escapulario como librea de tan buena Madre, no pasan hora en que no la saluden con el Ave María; ni día en que no le recen el santo Rosario, práctica tan piadosa y usada de nuestros abuelos; ni semana en que no le consagren el sábado, en que dicen fué concebida sin mancha; ni año en que no dediquen el mes de Mayo á la celebración de sus glorias y beneficios.

Y ahora, para concluir, recordaré lo que al principio decía, porque en eso encontraréis cuanto se pueda desear para ser devoto de María. Hijos de México, tended vuestra vista por toda la República; tended vuestra vista por cuanto México es y por cuanto México fué, y ahí encontraréis las huellas de una devoción verdadera á María. En todas partes colocaban imágenes de María; enemigos irreconciliables eran de los enemigos de María, amigos entrañables de sus amigos: si estaban en apuros, acudían á María; si se hallaban en peligros, se acogían al manto de María; si necesitaban vencer enemigos, á María se encomendaban, á María le daban las gracias, visitaban los

altares de María, paseaban las imágenes de María, rezaban su Rosario, amamantaban á sus hijos con la devoción á María; en una palabra, era un pueblo que exclamaba: "La Madre de Dios es mi Madre." Pues ámala tú también como Madre; ámala, y haz lo que tu amor te dicte; ámala, y haz lo que tu amor te enseñe; ámala y haz que tus obras y tus palabras digan continuamente: "La Madre de Dios es mi Madre."

VII

MARIA REFUGIO DE PECADORES Y CONSUELO DE LOS QUE LLORAN

Son tantos los motivos que tenemos nosotros de amar á esta amorosa Reina, que si en toda la tierra se alabase á María, en todos los sermones sólo de María se hablase y todos los hombres diesen la vida por María, realmente sería poco para el obsequio y agradecimiento que le debemos, atendido el amor tan tierno que á todos los hombres y aun á los más miserables pecadores que la conservan algún afecto de devoción. Decía el venerable Raimundo Jordán, el cual por humildad se llamó el Idiota, que María no sabe dejar de amar á quien la ama; antes bien no se desdeña de llegar aun á servir á quien la sirve, empleando, si éste es pecador, toda su poderosa intercesión para alcanzarle el perdón de su

bendito Hijo. Es tan grande, prosigue diciendo, su benignidad y misericordia, que ninguno, por más perdido que sea, debe temer de acudir á sus pies, porque á ninguno de cuantos á ella acude desecha. María, como amantísima abogada nuestra, ofrece ella misma á Dios los ruegos de sus siervos, especialmente los que á ella se le consagran; porque así como el Hijo intercede por nosotros para con el Padre, así María intercede por nosotros para con el Hijo, y no deja de tratar con uno y otro para el negocio de nuestra salvación, y de alcanzar las gracias que nosotros pedimos. Con razón pues, el beato Dionisio Cartujano llama á la Virgen Santísima el refugio singular de los perdidos, la esperanza de los miserables y la abogada de los pecadores que á ella recurren.

Más si por ventura se hallase algún pecador que, aunque no dudase de su poder, desconfiase, no obstante, de la piedad de María, temiendo tal vez que no quisiera ayudarle por la gravedad de sus culpas, le anima San Buenaventura diciéndole: "Grande y singular es el privilegio que tiene María para con el Hijo de alcanzar cuanto quiere con sus ruegos; más ¿de qué nos serviría á nosotros este gran poder de María si Ella no cuidase de nosotros? No, no dudamos, concluye el Santo; estamos seguros, y damos gracias siempre al Señor y á su divina Madre, porque así como para con Dios es la más poderosa de to-